EL VISITANTE

Hoy vuelvo a escuchar sus voces estridentes y joviales. Asciendo por los planos inclinados de simétrica angularidad buscando la ventana del segundo piso con la esperanza de hallarla abierta. El trayecto por la amplia pared suele ser siempre agradable y obsequioso, pues es normal encontrarse algún insecto incauto y confiado que me sirve como *tentempié* mientras llega la hora de la cena.

La ventana, afortunadamente, está abierta y me permite penetrar en la estancia sin el menor problema. Ahora solo queda aguardar con paciencia el momento en que los monstruos hagan su entrada y den origen al acto que tanto me agrada contemplar.

Los monstruos son criaturas curiosas y bellas, aunque temibles por su gran fuerza y carencia de escrúpulos. Tienen una piel suave, muy suave, sobre todo los machos, y los envidio por eso. Si yo tuviera una piel parecida a la de ellos gozaría de un certero éxito entre las hembras de mi especie. Sin embargo soy feo y rugoso, mi sola presencia causa rechazo y pavor en otras razas más agraciadas. No envidio, en cambio, su gran tamaño y, por ende, enorme peso que les impide, pienso yo, desplazarse por paredes y techos; sin duda una de sus mayores limitaciones.

Aún me quedan muchas dudas sobre su forma de reproducirse. Por eso no puedo dejar de acudir cada día para seguir aprendiendo, con la esperanza de presenciar alguna vez la llegada al mundo de un pequeño monstruito. La pareja que vive aquí duerme habitualmente en esta habitación donde los espero, pero no siempre se aparean. Tampoco lo hacen de forma regular, sino más bien cuando les apetece. El proceso suele ser el mismo cada vez: entran al cuarto bien arrimados, se desprenden de los livianos caparazones que los cubren, llevan a cabo el acto de apareamiento, apagan la luz y se duermen.

El acto en sí es algo extraordinario y enervante, una especie de juego amoroso digno de observar. En un principio, como ya dije, dejan al desnudo sus delicados cuerpos y dan origen a un ameno ritual de caricias y tanteos, juntan las bocas y parece como si succionara algo el uno del otro, pero con deleite, en ningún momento se dan señales de molestia o dolor por ninguno de los dos, lo que demuestra un elevado sentido del cariño entre ellos. Aunque, como es bien sabido, tristemente no siguen esta actitud con otras especies.

Luego, aunque no siempre es así, la hembra se pone encima del macho y comienza el acto propiamente dicho. Normalmente él cierra los ojos y gime al comienzo, pero ya hacia la culminación ambos se enardecen y gruñen y chillan y blasfeman y babean y mordisquean el aire. ¡Cómo se lo pasan los monstruos! Eso sí que es amor y no lo que hacemos nosotros antes de la puesta de los huevos.

He llegado a la conclusión de que todo este ritual representa la forma de fecundar e incubar sus propios huevos, los cuales cuelgan del cuerpo de la hembra. Sí, parece un ingenioso y placentero pasatiempo para hacer gozosa y

deseable la tarea de preparar los huevos para la procreación pues, según he observado, éstos no precisan de una larga y constante incubación, sino que les basta con cortos y espaciados períodos repartidos durante un tiempo aún sin determinar, porque hasta el momento, y después de varios meses, no se ha producido ninguna eclosión.

El macho tiene bajo el vientre una especie de nido con un bonito agujero en el centro, jugoso y sonrosado y, sin lugar a dudas, a elevada temperatura para posibilitar la fecundación. La hembra lleva los huevos adheridos a un apéndice que les sirve de sostén y, al introducirlo por la oquedad mencionada, los mantiene sobre el nido para aprovechar al máximo su calor. No cabe duda de que esto lo hacen con gran deleite al ver la expresión de goce de sus rostros, donde se dibuja la sublimación de los sentidos.

He apreciado también cómo el apéndice es mantenido en constante rozamiento en el interior de la oquedad gracias a las sinuosas ondulaciones que imprimen los participantes a los vientres y traseros, con lo cual deben incrementar sustancialmente la temperatura del nido, facilitando así una mayor velocidad de incubación.

Ahora mismo estoy oyendo unos pasos ascendiendo por la escalera. Sí, el ansiado momento se aproxima. Me apresuro a buscar un lugar disimulado y al mismo tiempo privilegiado desde donde contemplar la escena. El mejor sitio es el techo, oculto tras la sombra de una viga. Es la posición invertida la que más me complace en cuanto toca a las tareas de espionaje.

La puerta se abre y entran los monstruos, hermosos y en celo como siempre. Y también como siempre, mi corazón palpita acelerado ante el temor de ser descubierto. No quiero imaginar qué sería de mí al amparo de su crueldad sin límites.

Se lanzan sin demora sobre el lecho, se quitan las corazas de suave tejido y dan inicio al consabido intercambio de muestras de ternura. La belleza del macho, con sus delicadas formas, supera con creces a la de la hembra, que es más ruda y exhibe rasgos de mayor fortaleza. Me centro en la observación de los huevos pendientes entre sus velludas piernas, para ver si han sufrido algún cambio. Pero pronto se enredan los cuerpos, revolcándose en la cama, y en esa confusión intuyo cómo ella busca el primoroso abismo con su apéndice y, cuando logra alcanzarlo, lo penetra empujando rítmicamente con los músculos del trasero, por cuya parte inferior se llega a vislumbrar el par de óvulos oprimidos sobre el mullido pelaje del negro nido del macho. Esta maniobra debe proporcionarles un inmenso placer, pues ambos jadean durante largo rato y sus rostros se transforman dejando traslucir el profundo éxtasis que deben estar experimentando.

En momentos como este uno preferiría ser, en verdad, un horrible monstruo sin piedad. Es tan grande mi excitación al sopesar tal idea que, sin darme cuenta, las patas delanteras se despegan del techo y toda la extensión de mi cuerpo queda colgando cabeza abajo. El macho abre los ojos y el pánico se apodera de mí. Su mirada atónita se dirige directamente hacia mi cuerpo tembloroso. He sido descubierto.

Estalla un chillido de horror y me señala con un dedo. Entonces la hembra se incorpora bruscamente y se vuelve hacia mí, saltando de la cama hecha un basilisco.
En ese preciso instante puedo constatar algo nuevo e insólito. Compruebo con preocupación que el apéndice visto en innumerables ocasiones pendiendo bajo el vientre, flácido después de haber concluido el acto de apareamiento, está vivo. Efectivamente, en esta ocasión se muestra erguido y palpitando de indignación, su cabeza enrojecida por la cólera, y viene lanzando ferozmente un fluido blancuzco y seboso, probablemente un veneno, mientras apunta amenazador hacia mi pobre persona.
Estoy perdido. Con un desesperado balanceo vuelvo a aferrarme al techo con las cuatro extremidades y echo a correr como una exhalación en dirección a la ventana, al tiempo que aumentan el alboroto y los gritos en la estancia. En esta apresurada escapatoria no veo la pared perpendicular y choco violentamente contra ella. Casi pierdo el agarre a la superficie invertida y voy a parar al suelo pero, a duras penas, logro recuperar la compostura asiéndome a la pintura descascarillada del paramento vertical, dejando jirones de la piel de mi panza sobre esas cuchillas pétreas.
De pronto siento un huracán electrificado que ya conozco bien y, seguidamente, el tronido ensordecedor de un escobazo mortal que por fortuna no me alcanza. Lanzo una fugaz mirada hacia los monstruos para situarlos sobre el terreno y, en unas escasas milésimas de segundo, constato con claridad proverbial otro hecho ignorado hasta ahora: el apéndice, además de estar vivo, parece ser el factor directriz del monstruo hembra, siempre erguido y apuntando hacia mí, con la boca aún babeante por la ira, guiando a la torpe mole contra mi asquerosa e incordiante presencia.
En el brevísimo lapso que me distraigo en esta observación, otro escobazo rotundo me alcanza de lleno. Medio desvanecido me precipito sobre el marco de la ventana, al lado de mi amputada cola convulsiva, cuyo nuevo crecimiento me costará días y semanas de escarnios por parte de mis congéneres, tan afectos a las burlas y las vejaciones. En mi aturdimiento vuelvo a sentir el contraataque de la escoba guiada por el brazo criminal y, sacando fuerzas de flaqueza, me precipito con un salto desesperado hacia el vacío de la oscuridad nocturna, la única esperanza de salir con vida de semejante cacería.
La caída es vertiginosa, solo puedo sentir el escalofrío de la muerte por todo mi ser. Al estrellarme en el patio de la planta baja casi pierdo el sentido; no obstante resisto nuevamente gracias a la tenacidad del instinto de supervivencia, logrando reponerme con gran esfuerzo: consigo arrastrarme torpemente hacia mi humilde escondrijo en un boquete de la pared con la esperanza de encontrar la protección y el tiempo necesario para curar las heridas causadas por la curiosidad.
Solo entonces, al hallarme bajo la seguridad y la calma del hogar, llego a tener consciencia del intenso dolor que asola mi cuerpo; la cabeza me da vueltas y el corazón quiere taladrar mi pecho para abandonarme por haberlo maltratado de forma tan insensata.

Pero, a pesar de tanta desgracia, me puedo dar por satisfecho por haber sobrevivido a otra prueba de mi afán investigador y haber cumplido mi objetivo de averiguar algo nuevo sobre los monstruos para poder transmitirlo a los demás.